

LA EUCARISTÍA EN LA ESCUELA DE DERECHO DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO

El 1 de junio del año pasado, mes situado en el corazón del año, en el que toda la Iglesia celebra el mes dedicado al Sagrado Corazón, se dio inicio en la Escuela de Derecho, a la distribución diaria de la Eucaristía, en el primer recreo de la jornada matutina. No fue una coincidencia, sino que se escogió esta fecha deliberadamente. La Escuela de Derecho es continuadora del Curso de Leyes de los Sagrados Corazones de Valparaíso y el patrono de nuestra Universidad, a la que el Curso de Leyes se incorporó años después, es el Sagrado Corazón de Jesús, cuya imagen se sitúa en el centro del retablo del altar mayor.

¿Qué sentido ha tenido dar inicio a esta ceremonia litúrgica que ha continuado ininterrumpidamente hasta ahora? Se trata, sin duda de una celebración litúrgica pero que está lejos de quedarse sólo en eso. Parece que no hay que ser demasiado agudos para darnos cuenta que vivir la fe cristiana en medio de las realidades temporales se hace para los católicos cada vez más difícil. El mundo en que nos ha tocado en suerte vivir es no sólo un mundo cada vez más descristianizado, sino que, en ocasiones, en abierta hostilidad contra el cristianismo, en general, y contra al catolicismo, en particular. Un hecho inédito en la historia de nuestra patria está siendo el incendio premeditado y planificado de iglesias. Los tiempos que vivimos son tiempos recios en los que actuar en católico se hace cada vez más cuesta arriba.

Con todo, los católicos no podemos quedarnos indiferentes ante el mundo que nos rodea, pues si algo ha de caracterizarnos es que hemos de amar apasionadamente al mundo. Pero ya no son suficientes las solas fuerzas humanas sino que necesitamos el auxilio que nos viene desde lo alto. Y uno de los medios para obtenerlo es la vida de sacramentos.

Lo que se ha pretendido, en consecuencia, no es escaparse de la realidad para refugiarse en el templo, en un falso y estéril pietismo, verdadero opio del pueblo, sino todo lo contrario, hacer de esta liturgia sacramental el alimento cotidiano que nos alcance de Dios las gracias que necesitamos para vivir, en medio de nuestras realidades cotidianas, el inmenso don de la fe que hemos recibido. En definitiva, para impregnar nuestras realidades temporales cotidianas con el espíritu evangélico. Hay quienes no piensan ni viven como nosotros, y hemos de respetarlos. Pero no tenemos que pedir permiso para vivir nuestra fe en el mundo, a pesar de que no son pocos los que quieren impedirlo.

El mundo contemporáneo es particularmente sensible ante el testimonio de quien sabe aceptar, con valentía, el riesgo y la responsabilidad del discernimiento de su tiempo y del proyecto de edificación de una humanidad nueva y más justa. Nos ha tocado vivir un tiempo de grandes transformaciones culturales y sociales. Por este motivo, es cada vez más evidente que la misión del cristiano en el mundo no puede reducirse a un puro y simple ejemplo de honradez, competencia y fidelidad al deber.

Todo eso se supone. Se trata de revestirse de los mismos sentimientos de Cristo para ser signos de su amor en el mundo.

Se puede afirmar que en la Iglesia, tanto los clérigos como los religiosos han cumplido con su deber. Pero no puede decirse lo mismo de los laicos, quienes hemos fracasado en el intento de hacer de la sociedad en que vivimos una sociedad cristiana. La audacia de los no creyentes se debe a la cobardía y a la flojera de los creyentes. La tarea de hacer de la sociedad salvaje en que estamos empezando a vivir una sociedad más humana, no es sólo tarea de los clérigos y de los religiosos, sino que tiene que ser principalmente de los laicos, que somos llamados a llegar donde aquellos no pueden. Para eso, sin embargo, es menester despertar en ese gigante dormido que es el laicado el espíritu combativo, pero no el que tiene como símbolo el puño cerrado, que busca el aniquilamiento del otro, sino la mano extendida que, en exquisito respeto de la dignidad del que está al frente, busca ayudarlo a crecer. La empresa se anuncia repleta de dificultades, pero eso mismo la hace más entusiasmante. Las solas fuerzas naturales ya no son suficientes, sino que se requiere el auxilio de lo sobrenatural.

CARLOS SALINAS ARANEDA
Profesor adscrito
Escuela de Derecho